ASTERISCOS

¿EMPAÑE TU MEMORIA? ¡CUANTAS VECES!

* * * Cuantos hubieran leído con cierta atención las últimas poesías de Antonio Machado, tenían que creer que la Guiomar de sus canciones, aparte de la evidente involucración y reinvención metafísica, había de ser una mujer de carne y hueso, de papel ignorado en la vida del poeta. Esta creencia era seguridad positiva para quienes conocían algunos versos de última hora, no recogidos en libro —al menos en edición española— en que se llegaba a hacer referencias geográficas concretas—v. gr. en el soneto en que alude al «mar de Camoens», que, con ocasión de la guerra, había dejado al poeta separado de Guiomar—. Incluso en algunos círculos madrileños se sabía que doña Concha Espina poseía las cartas de don Antonio Machado a esa desconocida amada, y por ello la redacción de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, al preparar su número de homenaje a Machado, *había solicitado de la ilustre escritora alguna noticia o conocimiento de ese* epistolario, lo que no fué posible por el designio editorial posteriormente realizado en el libro que acaba de publicarse entre la expectación y curiosidad general (1).

¿Hasta qué punto satisface esta publicación las esperanzas de los machadianos? Ante todo, y si es posible decir esto sin suscitar el menor equívoco desagradable para tan preclara dama de nuestras letras como es doña Concha Espina, no acabamos de ver qué necesidad había de situar estos breves fragmentos de cartas de Machado engastados en medio de unas largas glosas seminovelescas —por galanas que ellas sean—, incluso con introducción de un personaje, el «incógnito» e «inexorable» don César, que confesamos que nos inspira muy

(1) Concha Espina: *De Antonio Machado a su grande y secreto amor*. Lifesa. Madrid, 1950, 190 págs.

escaso interés. En cualquier caso, se nos permitirá que, rehuyendo un planteamiento que pudiera resultar impertinente o enojoso para una escritora a quien tanto respetamos, ciñamos nuestro comentario a los —¡ay!— tan escatimados fragmentos de cartas machadianas. ¿Qué es lo que nos dicen sobre esta misteriosa figura de Guiomar? Menos, por desgracia, de lo que hubiéramos deseado. En primer lugar, seguimos sin saber quién era Guiomar. Inferimos que vivía en Madrid, que probablemente era casada, que ha muerto, que se veía con el poeta en algún café, y paremos de contar. Pero lo importante es preguntarnos qué fué en la vida del poeta. El título del libro afirma que fué su «grande y secreto amor». ¿Hasta qué punto las cartas nos autorizan a elevarlo así, antonomásica y únicamente, a la categoría de «el grande» amor de Machado? Desde luego, quizá no se trata sólo de un amor cualquiera de los

amores por el atajo,
de los de: «Vente conmigo»,

como don Antonio, viudo ya y tradicionalmente mujeriego, siguió durante tanto tiempo emprendiendo. Pero hay algo de tono de falsete, de sonido de pasión senil en los fragmentos de cartas ofrecidos, que nos obliga a estar un poco en guardia. «¡Adiós, preciosa, encanto, milagro, maravilla, diosa de mis entrañas, adiós!» Aunque esto quizá sea resultado indirecto de la selección que, si bien omite algunas cosas de interés más literario, insiste en las despedidas apasionadas, y en todo golpe de incienso a la «diosa». Pero, sobre todo, hay una tendencia a la poetización, a la mitificación metafísica de este amor que lo hace un poco más «maireniano» que «machadiano», un tanto «apócrifo» en el sentido machadiano de la palabra. *Así pienso yo*—escribe el poeta en la carta de despedida final a la amada—*que los amores, aun los más realistas, se dan en sus tres cuartas partes en el retablo de nuestra imaginación. Por eso la ausencia tiene también su encanto, porque, al fin, es un dolor que se espiritualiza con el recuerdo de las presencias...* Recordamos entre el cancionero de Guiomar:

Todo amor es fantasía;
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía;
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.

O bien:

...reo de haberte creado
ya no te puedo olvidar.

Lo curioso es ver cómo se ha concentrado en torno a estos fragmentos de cartas el afán de muchos de hacer «grande» a este amor para empequeñecer el amor conyugal de Machado por Leonor Izquierdo, que después de tanto tiempo y en medio de un espasmo idolátrico a Guiomar todavía perdura, aunque tan equívocamente citado ya: «Mis otros amores sólo han sido sueños, a través de los cuales vislumbraba yo la mujer real, la diosa (2). Cuando ésta llegó, todo lo demás se ha borrado. Solamente el recuerdo de mi mujer queda en mí, porque la muerte y la piedad lo han consagrado». Que don Antonio, después de enviudar y después o al mismo tiempo de hacer la gran poesía de la viudez, tuviera otro amor u otros

(2) «La mujer real, la diosa». «Contradictio in adjecto», hubiera dicho Juan de Mairena de haber estado ahí despierto.

amores—o lo que fueran—, no tiene por qué quitar nada al primero, sobre todo. yendo a lo que nos interesa, que es la obra—aquí no somos tan románticos como se cree, y no tomamos la obra de un poeta como rastro de su novela personal, sino al contrario—, si comparamos no sólo en valor poético, sino incluso en temperatura sentimental y humana, los frutos literarios de los dos amores, poniendo, al lado de la ternura ausente de los versos viudos, el laberinto metafísico de reinvención y repensamiento de las canciones a Guiomar. Pero esto aún no se puede hacer; sería menester la integridad, en lo posible, de este epistolario. Tal escrúpulo sigue imponiendo por ahora la abstención de la crítica literaria, o por lo menos de estos desdichados nuevos críticos todavía con la *mala suerte*, que, sin embargo, *no les impide continuar una tradición homérida muy linajuda, lírica sangre helena de cumbreño natío secular* (sic). Porque vemos ante nosotros el peligro de que si revolviéramos las palabras dichas a medias y las intimidades a medio revelar, no haríamos sino empañar la memoria de nuestro maestro.

EL «PEQUEÑO» AMOR DE ANTONIO MACHADO

* * * Hace poco un poeta, en el vago discurrir de una conversación, citó estos versos que, no se sabe bien por qué, estaban llamando a su memoria:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

Una desmemoriada dama presente le preguntó:
—¿De quién es eso?
A lo que el poeta hubo de contestar:
—De Antonio Machado, a su pequeño y conocido amor.

FRANCISCO DE MIRANDA

* * * Se está cumpliendo generosamente en Hispanoamérica el bicentenario del nacimiento en Caracas de Francisco de Miranda, el gran criollo venezolano, precursor primero del movimiento independentista. Las principales publicaciones de México, Buenos Aires, Bogotá, Caracas, etc., dedican amplios estudios a la vida y milagros de este singular personaje de leyenda, apuesto, atrevido, emprendedor, mujeriego, prudente... Es el hombre conocedor detallista de la España y de los españoles de la segunda mitad del XVIII. Diplomático y militar, conciliador y revolucionario, conoce el esplendor y los bajos fondos de las Cortes europeas (Prusia, Austria, Inglaterra, Rusia, Turquía, Francia, Suecia, España, Italia...); sus biógrafos hablan incluso de ciertos amores suyos con la Emperatriz Catalina. Como militar, Francisco de Miranda no deja experiencia por conocer: Capitán en la toma de Melilla (1774); teniente coronel en la guerra de la emancipación norteamericana (1781); oficial de enlace entre las tropas angloamericanas, francesas y españolas; Mariscal de Campo del Ejército francés en plena revolución francesa (1791). Como diplomático parlamenta con el gobierno vencido de Florida; canjea prisioneros a través del de Jamaica; condiciona la conquista de las Islas Bahamas; negocia con el primer ministro inglés Pitt, y en Haiti es intérprete del General Bernardo Gálvez. Habla inglés, alemán, latín e italiano... Este hombre extraño, duro, novelesco, es el primer precursor de la emancipación de la América hispana, un revolucionario nacido en Venezuela, cuyo nombre fué grabado junto al de los grandes de la Gironda en el Arco del Triunfo pa-

risino. La vida fué en él la gran aventura, el continuo batallar entre el fracaso y la victoria, entre el premio y la traición. Recuérdense alabanzas y calumnias venidas de sus amigos de París; su peregrinar último de cárcel en cárcel: La Guaira, Puerto Cabello, San Juan de Puerto Rico, La Carraca...; la indiferencia inglesa y la incomprensión española. Esta es la vida del precursor: honores e injusticias.

¡ ora blanco a las iras de fortuna,
ora de sus favores halagado,
la libertad americana hiciste
tu primer voto, ¡ tu primer cuidado.

Así resume una vida, en su «Elogio a Miranda», el poeta colombiano Andrés Bello.

Como contribución a una justa valoración de la biografía mirandina, CUADERNOS HISPANOAMERICANOS publicará próximamente una interpretación valorativa de la vida y obra de este gran personaje cuyo bicentenario natal conmemora en bloque el mundo hispánico.

EL OTRO HEIDEGGER

** * Ya lo señaló J. Wahl: la mayor ironía y contradicción que podía sobrevenirle al existencialismo es llegar a ser motivo de charla y banalidad, de parloteo irresponsable con que se nutre la curiosidad y el snobismo del gran público. Así van las cosas. Y así aumenta también la raza de los pedantes en filosofía, que adquiere, por días, proporciones cada vez más alarmantes.

La responsabilidad incumbirá, en gran parte, al periodismo sensacionalista e inescrupuloso.

Vayan estas consideraciones ante un supuesto reportaje a Heidegger—que firma Luce-Michele, aparecido en «Combat» y luego traducido al español en el periódico «Novedades» (México: 19-III-1950).

Luce-Michele nos fabrica una novela presentándonos a un Heidegger desertor, condenado a muerte, fugitivo y refugiado en la Selva Negra... Todo este carácter semi-novelesco y semi-policíaco de la «entrevista» puede darnos la pauta de la seriedad y la responsabilidad con que los periodistas han llegado a hablar de los temas más técnicos y difíciles.

Dejando de lado el torpe ambiente sensacionalista que de por sí descalifica la entrevista, conviene precisar los errores que fácilmente se encuentran entre los datos comprobables que nos proporciona L. M.

I) Lejos de ser un fugitivo Heidegger, siempre vivió en la Selva Negra. Y no porque estuviese refugiado, sino... porque le gusta vivir allí. Por esto nunca quiso ir a Berlín, aunque tantas veces le ofrecieron una cátedra. Esto es lo que el propio Heidegger ha confesado a C. A. Erro, y éste repite en un libro que está a la mano de cualquier lector de español.

II) Contra su afirmación, L. M. no pudo encontrar a Heidegger trabajando en su *Holzwege*, pues este libro ya estaba hecho, puesto que es una recopilación de trabajos muy antiguos.

III) Tampoco es *Holzwege* una continuación de su libro *Sein und Zeit*. Lejos de ser una segunda parte, aquel libro apenas si tiene nada que ver con éste. Y esta discontinuidad entre ambas obras es precisamente lo que ha hecho posible que ya se comience a hablar de un segundo Heidegger. (Así lo ha hecho notar ya

el crítico español J. L. Aranguren en su precisa y detallada nota bibliográfica a este último libro de Heidegger. Cr. «Arbor», núm. 54.)

IV) Afirma el periodista francés que Heidegger rehusa leer a Sartre. Y afirma esto cuando ya está publicada y traducida (al francés y al español) la famosa carta a J. Beaufret, en que el propio Heidegger distingue y deslinda su doctrina de la del filósofo francés.

Pero no nos ensañemos. Hagamos una concesión: L. M. visitó a Heidegger, es verdad. Sólo que a *otro* Heidegger.

MUSICA DE VERANO

*** Mientras Joaquín Rodrigo, el gran músico ciego de la España de hoy, nos hablaba, en el Palacio santanderino y estival de la Magdalena, de su propia música, nosotros meditábamos una frase muy conocida de León Bloy: «Sólo hay una tristeza, y es la de no ser santos...» En verdad es cierto que al menos esa tristeza es perdurable; lo penetra, y lo impregna todo; va prendida a la voz y al gesto; confunde y anonada. La tristeza de ser inválido, la del pobre, la del huérfano, son casi siempre tristezas superables porque tienen compensaciones infinitas. La tristeza de Bloy es la del «hombre solitario»; a solas con su debilidad y desesperanza, o a solas con su sed de santidad y frente a Dios.

En esto meditábamos mientras Rodrigo hablaba de su obra con imponderable sencillez, como si expusiera las aventuras de un cazador de mariposas o los problemas de un coleccionista de diamantes. Pensábamos, además, que algún día los biógrafos disertarán a propósito de «la tragedia de Rodrigo» con la misma incomprensión y mal gusto que aplican para describir «la sordera de Beethoven». Hablarán de sus «tristezas insondables» y tratarán de encontrar en su música, cristalina y alegre, «las huellas del dolor y de la desesperanza». Porque los biógrafos son así, pero no importa:

Joaquín Rodrigo—ciego desde la edad de tres años—es uno de los músicos contemporáneos más interesantes de Europa y uno de los hombres más discretos y joviales que hemos conocido.

Discípulo de Paul Dukas, vivió y estudió en París algunos años y ahí contrajo matrimonio. Obtuvo el Premio Nacional de Música en 1943. Compositor sereno y expresivo, debe su fama principalmente al *Concierto* para guitarra y orquesta, llamado *de Aranjuez,* «en uso de un perfectísimo derecho»—la frase es de Díaz Cañabate, y Rodrigo la comenta—. Es autor muy aficionado a la forma concertante que salva, tras Stravinsky, del abandono en que cayera. Entre sus conciertos destaca el *Concerto in modo heroico* para piano y orquesta (1943), estrenado recientemente en Santiago de Chile, y el *Concerto in modo galante* para cello y orquesta, que se estrenará en Venecia el próximo otoño.

Entre su obra pianística hemos escuchado cinco composiciones de sorprendente calidad: *Cuatro danzas de España, Pastoral, Preludio al gallo mañanero, A l'ombre de Torre Bermeja* y la *Gran Marcha de los Sub-secretarios en si menor* (a cuatro manos).

La Música de Joaquín Rodrigo representa fundamentalmente una gran reacción contra el impresionismo y la tradición musical *pintoresquista* que Albéniz llevó a un extremado virtuosismo. Impresionista en su primera época, Rodrigo ha superado magistralmente los excesos de su primera escuela y mantiene un admirable equilibrio entre esa tendencia y la española, sostenida por los prestigios de Falla, Albéniz, Turina, etc.

España no es sólo Andalucía, ni el genio musical español debe ser enterrado con los compositores desaparecidos. La temática peninsular es inagotable. España es tierra de inmensos pintores y de músicos excepcionales.

Rodrigo lo está demostrando...

HOY LAS CIENCIAS ADELANTAN...

* * * Los norteamericanos, que son los mantenedores absolutos de las plusmarcas mundiales, tanto en los cien metros lisos como en los resultados estadísticos y de la clasificación, acaban de darnos, para nuestro asombro, nada menos que la tabla de los diez adelantos más importantes conseguidos por la ciencia humana durante 1949. La noticia debemos agradecerla a Míster Watson Davis, director del Servicio de Ciencias en los Estados Unidos, el cual, como es lógico, hace mención solitaria de los triunfos científicos, quizás sospechando que son éstos (los de la técnica) los únicos adelantos que el hombre actual puede conseguir. He aquí el decálogo de la creación humana en 1949, por riguroso orden de prelación:

1.—*La investigación atómica en Rusia.*
2.—*Las nuevas hormonas contra la artritis, el cáncer y ciertas psicopatías.*
3.—*Las drogas anti-alérgicas contra los procesos catarrales.*
4.—*El vuelo sin escalas alrededor del mundo, durante noventa y cuatro horas, por un bombardero norteamericano.*
5.—*Los nuevos proyectiles dirigidos [arma secreta].*
6.—*La aplicación comercial de la cloromicetina.*
7.—*El descubrimiento del hombre paleolítico en Alaska.*
8.—*Los fluorocarbonatos de uso combustible.*
9.—*La dramanina, contra el mareo.*
10.—*Las lentes trasmisoras de rayos caloricos eliminando los lumínicos.*

No es preciso detenerse mucho tiempo en la meditación de esta alarmante tabla, para llegar a la conclusión de que el hombre de hoy no precisará de muchos años para convertirse en el bruto más poderoso, saludable y cómodo del reino animal. Siempre y cuando las experiencias atómicas en Rusia no sigan progresando hasta el punto de hacer felices, a su manera y consecuentemente, a todos los mortales.

NI QUITO NI PONGO REY...

* * * Como la cosa es sin duda importante, y propiciatoria además para interpretaciones diversas y múltiple comentario, ofrecemos a nuestros lectores un novísimo texto del grande Juan Ramón Jiménez, publicado hará tan sólo unos días en «Proel», la revista santanderina de poesía. Se trata del décimosegundo apartado de unas «Notas sobre poesía y poetas», en el que se dice textualmente así:

MUY SIGNIFICATIVO...

(A José María Valverde. Poeta de emanación.)

Para mí es muy significativo ver que la mejor parte de la juventud poética actual de lengua española se da cuenta por fin de esa limitación, asombrosa e incomprensible, de los poetas virtuosos de la jeneración intermedia entre la de ellos y la mía, para todo lo espiritual, lo ideal, lo trascendente. Algunos de los cuales, creen ciertos críticos, limitados también, que tienen algo de «eso» más decisivo en poesía; pero no es verdad que

lo tengan, no es profunda la voz con que se imajinan que lo dicen, sino la voz de falsete y la labia fluente del injenio con el que quieren suplir al pecho lleno.

Lo espiritual, lo ideal, lo trascendente, que venía a mí, en lo contemporáneo poético español, desde Bécquer y Unamuno, acaba en España con mi jeneración. Por fortuna, empieza otra vez en la que viene después de la de Lorca, como una reacción natural y ansiosa contra el hartazgo físico. Hay en España ahora, dentro y fuera, jóvenes poetas españoles que son ejemplo claro de ello.

Yo pienso que este mundo es nuestro único mundo, y que en él y con lo suyo, hemos de realizarlo todo. Pero ¿por qué no hemos de intentar que nuestra conciencia contenga el universo ilimitado, si la conciencia puede contenerlo? El hecho de que haya poetas que clarivén lo ilimitado es prueba de su existencia; y cualquier imajinación que se da dentro del hombre es humana. Yo estoy seguro de que en este mundo en que vivimos y morimos hay un más allá en inmanencia, un más allá moral, y que el poeta es el que puede comprender, contener y espresar esa inmanencia sin límite.

¿Quién duda, puestos ya en lo visible, que hay personas con aura? ¿Una emanación magnética, física y química? Bueno, sí, pero diferente, poetas y críticos de la dijestión cantada; diferente de la emanación de ustedes.

Hasta aquí Juan Ramón. Dando a cada cual lo suyo, no estaría demás hacer un serio y definitivo inventario de tan famosas cuestiones puestas en pie una vez más—y ésta, por la pluma de un viejo maestro—, y decidirse por vía de aclaración a poner sobre todo claridad en las accidentadas aguas generacionales de la poesía española contemporánea. La arrogante y muy significativa franqueza de nuestro inmanente Juan Ramón debiera tener imitadores, dentro y fuera también de España, aun arriesgándose a provocar interpretaciones de acuerdo o en desacuerdo con el texto; ya trascendentalistas, intelectualistas o lo que fueren... Que siempre habrá «ofendido» que no quieran comprender ni perdonar.

A pesar de todos estos posibles pesares, no nos cabe entender de otra manera el peligroso, difícil y comprometedor ejercicio de una honrada crítica poética.

GONZALEZ VERA Y EL PREMIO NACIONAL CHILENO

* * * En este mismo número de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, un crítico chileno—Alfredo Lefebvre—estudia la obra del poeta Pedro Prado, en ocasión de habérsele otorgado el Premio Nacional de Literatura 1949, instituído por el Estado chileno. La importancia y repercusión de este Premio en los círculos culturales hispanoamericanos se justificaban ciertamente por los nombres más prestigiados de la literatura chilena, destacados en años anteriores. La obra literaria de D'Halmar o de Joaquín Edwards, de Neruda, Barrios Latorre o Pedro Prado, justifica por sí sola la total aceptación de los fallos sucesivos de este Premio Nacional chileno. Solamente la ausencia de una Gabriela Mistral en la lista grande empequeñece un tanto su brillo. La magnitud de un Premio Nobel puede quizás constituir obstáculo para un jurado tímidamente dispuesto, como este del Premio Nacional 1950, a la administración de justicia.

El caso es que por este junio de 1950 se ha sabido el nombre del nuevo galardonado. Nos documentamos en algunas revistas de Santiago: «Nuevo Zig-Zag», «Pro Arte», «Estanquero»... José Santos González Vera se ha llevado el premio

ante el regocijo de unos, la indignación de otros y la sorpresa de todos. Toda la información recogida coincide en señalar el sensacionalismo de esta elección tan inesperada como discutida. Mientras que el famoso crítico «Alone» (Hernán Díaz Arrieta) se sale con que *González Vera sería el único o uno de los dos o tres compatriotas—con Neruda, con la Mistral, con Prado—que leería si no fuera crítico literario...*, el anónimo de «Estanquero» arremete contra el autor de *Vidas mínimas* resumiendo: *Insignificante: he aquí nuestro veredicto para su literatura.*

Quisiéramos enterarnos de cuál sea, dentro del campo de la literatura, la virtud que recompensa el Premio Nacional, pese a que ya en «Estanquero» se nos dice que su intención no parece haber sido publicada jamás. Lo que sí parece cierto es que el criterio electivo del jurado no ha de ser forzosamente inmutable año tras año, y que para éste de 1950 la tabla de valores, incluso en materia literaria, habrá sido distinta a la utilizada para medir la obra, por ejemplo, de los poetas Neruda o Prado. ¿Sabe el crítico de «Estanquero» a lo que se expone con su acusador veredicto, si antes se declara ignorante de las miras del jurado chileno? Pero por este camino no hacemos sino apartarnos de nuestra primera intención:

González Vera es un escritor minoritario, de muy poca obra. Tiene dos libros publicados: *Vidas mínimas* y *Alhué;* es colaborador de «Babel» y de la página literaria de «El Imparcial». Pronto publicará un volumen de cuentos titulado *Cuando era muchacho,* y otro de ensayos: *Normas para heterodoxos;* así como «un par de tomos de Biografías», al parecer, sin título hasta el momento. Pese a su reducida extensión, se dice que la obra de González Vera es una de las más típicamente representativas del espíritu chileno. Observador directo del espectáculo diario de la vida, sus escritos se impregnan de humanidad y de ternura hacia la gente que sufre. No en vano—y antes de alcanzar la Prosecretaría de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual—fué «camarero, aprendiz de peluquería, cofrade de zapateros remendones, ebanistas, actores aficionados y de toda una conmovedora corte de los milagros proletaria». (Santiago del Campo: *González Vera o el agua mansa.)*

En este mundo se habla más que se cuenta; y no es extraño que en torno al apasionante suceso del Premio Nacional de Literatura se adopte un tono de polémica disconformidad frente a un jurado al que no pocas voces acusan de concesiones de carácter no literario a la hora última de elegir su hombre irrevocablemente.

LA «ACADEMY OF AMERICAN FRANCISCAN HISTORY» Y FRAY JUNIPERO SERRA

*** Desde hace varios años funciona en Wáshington una institución ejemplar desde el punto de vista de los estudios históricos. No recuerdo ahora con exactitud la fecha de su fundación, pero sí puedo decir que desde el momento de constituirse, la *Academy of American Franciscan History* viene realizando una labor cultural merecedora de aplauso e imitación. Véase, por ejemplo, su atenta dedicación a todas las ciencias, que ha dado frutos tanto en Arqueología y Etnografía—recuérdese tan sólo a Fray Bernardino de Sahagún—como en Astronomía, Cosmografía e Historia. La preocupación científica franciscana se continúa en la citada *Academia,* y sus resultados son difundidos por la revista *The Americas,* publicando además obras generales y monografías histó-

ricas. Por otra parte, la misma institución celebra asambleas anuales, en las que se tratan y discuten los más importantes temas de la historia americana con la asistencia y la intervención de relevantes personalidades de la historiografía del nuevo continente.

Para la *Academy of American Franciscan History* no ha pasado inútilmente el segundo centenario de la llegada a México de fray Junípero Serra (diciembre de 1749). De tres modos distintos, pero enlazados por el común denominador de lo cultural, ha celebrado la *Academia* el bicentenario.

1.º Ya en 1946 publicó una obra de Charles J. G. Maximin Piette, O. F. M., titulada *Evocation de Junípero Serra, Fondateur de la Californie*. Después, en 1949, dió al público otra excelente monografía del mismo autor: *Le secret de Junípero Serra, Fondateur de la Californie-Nouvelle, 1769-1784*, cuyos dos voluminosos tomos marcan, con el anterior, una nueva etapa en los estudios de la historia californiana y dejan en claro todos los aspectos de la acción misional del franciscano mallorquín. Fruto los tres volúmenes de más de ocho años de investigaciones y estudios en los archivos y bibliotecas mexicanos y estadounidenses, el P. Maximin Piette descubre en ellos todo lo relativo a la personalidad de fray Junípero y a los primeros años de las nueve misiones fundadas bajo su inspiración y directrices.

2.º La *Academia Americana de Historia Franciscana* ha dedicado su Asamblea de 1949 a la celebración del bicentenario. En la primera sesión académica fué presentado el doctor Herbert Eugene Bolton, historiador y profesor de Historia en la Universidad de California, quien ha investigado la historia misional y participado señaladamente en las labores de la Comisión histórica pro causa de beatificación de fray Junípero.

3.º La revista *The Americas* ha dedicado el número 3 del volumen VI—correspondiente a enero del año actual—al recuerdo del misionero español. Un artículo del Dr Juan Hervás, Obispo de Mallorca, acerca de *Fray Junípero Serra y España*, es seguido por el interesante estudio del gran historiador y diplomático hondureño Rafael Heliodoro Valle, en el que se examina agudamente la labor apostólica que fray Junípero desarrolló en México, basándose para ello en la más moderna bibliografía publicada sobre el tema. Cierra el número—en lo que directamente concierne al apóstol de California—un importante trabajo del Dr. Maynard Geiger, relativo a *Junípero Serra, O. F. M., in the Light of Chronology and Geography (1713-1784)*, y el de Daniel D. McGarry sobre los *Métodos educacionales de los franciscanos en la California española.*

EL CANTOR DEL BUENOS AIRES POPULAR

*** Ha muerto en su ciudad natal, porteño toda su vida, un poeta argentino, un humilde y famoso poeta del Buenos Aires ya ido a la nostalgia y al recuerdo: Baldomero Fernández Moreno, cantor de la ciudad cuando aún era no más que gran aldea, cuando Buenos Aires, aún popular, no se había internacionalizado.

¿Qué tendrá el ejercicio de la Medicina, que lleva a tantos de sus profesionales al violín de Ingres inquietante, misterioso y algunas veces sereno de la literatura? O ¿será ésta—la literatura, la novela, la poesía, el ensayo—la emisora de un efluvio especial al que rinde pleitesía la sensibilidad del médico? No son pocos los casos ciertamente egregios: Ramón y Cajal, Pío Baroja, Gregorio Marañón, Laín Entralgo... sólo en España. Como ellos, Fernández Mo-

reno fué médico, pero médico casi de aldea, de visita domiciliaria y carricoche atascado en el lodo de la calleja suburbana. No regresó, es cierto, con las manos vacías. La poesía de Fernández Moreno emana sugestiones muy directas y vivas: el alma porteña de los últimos días de la colonia, cantada en sencillísimos versos orilla de la «casa de hierros y enredaderas», bajo «setenta balcones y ninguna flor»; porque todo en la vida, aún en la del más humilde médico-poeta (o poeta-médico, que parece mejor), «todo es trivial, superficial, sencillo, trasparente también y cotidiano». Esta cotidianeidad de la vida azacanada del médico y del catedrático Fernández Moreno le señaló indudablemente la directriz de su humanísima poesía vernácula, más allá del modernismo encantador y muy lejos de la «vanguardia» expectante. Así ha podido ser el último poeta de la colonia desde sus extramuros.

Nacido en 1886, educado en España (Madrid y Santander), su obra recoge alguna de sus impresiones de adolescente. Releamos su primer recuerdo de la ciudad cantábrica:

...Santander
fué algo en mis dedos:
un traje de hilo
azul, marinero,
el día del Corpus...

En 1915 publica su primer libro, *Las iniciales del misal*. Colabora asiduamente en «La Prensa» bonaerense desde 1922 a 1927, y prosigue su ya ininterrumpida creación y publicación de versos hasta 1949, cuando por su último *libro, Parva*, la Sociedad Argentina de Escritores le concede la Medalla de oro del Gran Premio de Honor. Semanas después el poeta Fernández Moreno moría en un Buenos Aires que ya poco tenía de suyo. Que estas líneas llegadas de Europa sirvan a modo de ofrenda al buen poeta cantor de Buenos Aires.

Anotamos como final sus obras principales: *Por el amor y por ella* (1918), *Versos de Negrita* (1920), *Nuevos poemas* (1921), *Canto de amor, de luz, de agua* (1922), *El hogar en el campo* (1924), *Aldea española* (1925), *El hijo* (1926), *Décimas y Poesías* (1928), *Sonetos* y *Ultimo cofre de Negrita* (1929), *Cuadernillos de verano* (1931), *Dos poemas* (1935), *Romances* y *Seguidillas* (1936), *Yo médico, yo catedrático* y *Buenos Aires: ciudad, pueblo, campo* (1941), *San José de Flores* (1943) y *La mariposa y la viga* (1947).

NOTA A UNA OMISION

* * * En el trabajo «Imaginación y poesía en la pintura de Juan Miró», aparecido en el núm. 15 (mayo-junio) de CUADERNO HISPANOAMERICANOS, y del que es autor el crítico de arte santanderino Ricardo Gullón, fué involuntariamente omitida la procedencia de las reproducciones fotográficas de la obra mironiana que lo ilustra. Siendo así que fueron cedidas, si bien no directamente, por los ARCHIVOS FOTOGRÁFICOS COMIS-PRATS de Barcelona, nos apresuramos a subsanar la omisión, agradeciendo a los ARCHIVOS su generosa colaboración.